

NAVEGANDO CON MIS ANTEPASADOS



Desde que compré mi primer barco, allá por los años setenta, siempre he llevado a bordo la foto de alguno de mis abuelos o bisabuelos, oficiales de la Armada; a mí, y como es lógico, siempre me parecieron los mejores marinos del mundo. Y, aunque ellos nunca fueron muy prolivos en explicaciones sobre sus andanzas por la mar, yo intuía su apasionante vida. De niño, en sus casas de Madrid, y cuando no me veían, fisgaba en sus armarios, admirándome con sus bellos uniformes repletos de condecoraciones. Unas piezas preciosas que, hasta que no tuve cierta edad, no fui capaz de darles el valor que se merecían. Tomaba con cuidado sus sables de gala o de combate, y emulaba a un intrépido aventurero que combatiese con piratas; sobre todo ingleses, pues mis muchas lecturas marineras de entonces, indefectiblemente, me llevaban a odiar a los Hijos de la Gran Bretaña, por acecharnos en las costas y provocarnos tantos naufragios como contaban aquellos libros que leía una y mil veces; el que luego condecoraran a estos sinvergüenzas, contribuía a que los odiase aún mucho más.

Otros días, bombardeaba a mis abuelas con preguntas de todo tipo, tratando de suplir la carencia de aventuras y hechos que mis parcos antepasados mantenían en silencio de forma férrea y como si hubieran hecho un pacto con Neptuno: con los años y la lectura, comprendí que nos les quedaban ganas de recordar la mayor parte de aquellas acciones, a los que los inútiles políticos del XVIII, XIX y XX les arrastraban. Así, supe también que mis abuelos y todos los marinos españoles no regresaban a sus casas durante años, destinados en diferentes buques en el apostadero de Filipinas, Cuba, Argentina o el Uruguay. También que, la mayor parte de los meses no cobraban sus sueldos, pues la Marina no tenía con qué pagarles, y sus familias debían vivir de lo que les fiaban los comerciantes o les prestaban sus parientes, aparentando una dignidad que siempre se les exigía, y que aquellas sufridas mujeres llevaban hasta sus máximas consecuencias.

Por eso, cuando paso malos momentos a bordo de mi velero, y bajo a la cámara para coger tal o cual cosa, miro sus rostros firmes en las fotografías que llevo en el mamparo principal, y siempre encuentro las fuerzas necesarias para pegarme contra ese levante fuerza ocho que nos está dando una paliza, o un poniente sibilino que, cuando rola hacia tierra, se convierte en un chorro atemporalado, sujeto a los caprichos de la orografía de la costa. Mis bisabuelos Ángel Gamboa, José de Dueñas, Marcial Sánchez-Barcaiztegui, y el mismísimo Victoriano, aquel que dijo en la batalla del Callao: "hoy no se mojaba la pólvora", navegan conmigo desde siempre, y su influencia ha debido ser providencial, pues, en treinta y cinco años de marino a vela y miles de millas navegadas, nunca he sufrido percances de importancia. Debe ser que cuidan desde algún lugar muy elevado de este torpe nieto o biznieto, que juega a los marinos, y que su extraordinaria pericia en el manejo de buques de vela quedó para mí prisionera en algún gen, aunque tan sólo sea para

regresar a puerto con bien, y poder seguir contando historias de la mar. De ese amor por ella, que debe ser en lo único que igualo en marinería a mis antepasados, y que para mí constituye la mejor y la más valiosa herencia que pudieron dejarme estos extraordinarios servidores públicos, olvidados siempre demasiado deprisa, pero que el mamparo principal de mi barco, Entre el Cielo y las Olas, un magnífico Wauquiez Centurión 45, les recuerda a cada instante, y difunde su memoria entre quines navegan conmigo. Pretexto que aprovecho para que mis invitados conozcan un poco más nuestra historia marinera. Compuesta de unas vidas vividas al límite de lo soportable, en los márgenes del sufrimiento, pero siempre con la cabeza alta y el pecho hinchado, en defensa de aquello que les mandaron hacer por esta querida patria común que es España, y que tanto imbécil se empeña en denostar, dividir y ningunear.